

Lic. María Liliana Capalbo

Universidad Nacional del Oeste

mcapalbo@uno.edu.ar

P.C. lengua- eficacia- hablantes- economía- subjetividad

LAS FINANZAS DE LA LENGUA

Hipopomonstrosesquipedaliofobia¹ paradójicamente es el temor a las palabras largas o complejas. En este minúsculo ejemplo, queda en evidencia el mayúsculo error que cometerá quien asuma que hablar de palabras es sencillo, sólo porque cualquier hablante se sirve a diario de ellas. ¿El hablante toma o es tomado por los lexemas?

El lenguaje, entendido como facultad humana, viene a canalizar todo aquello que transita el sujeto, ergo una lengua frondosa permite expresar con mayor precisión. Nada hay más frustrante que no poder poner en palabras lo que se siente o piensa o, peor, querer decir algo y que se comprenda otra cosa.

Aburrido, arrepentido, desamparado, abatido, inseguro, decepcionado, irritado, preocupado, melancólico. Todas estas sensaciones y, sin embargo, cuando se le pregunta a alguien cómo está, la respuesta suele ser **“mal”**. Y no es un error decir ‘mal’, sino que quien profiere de manera poco precisa, pierde la oportunidad de recibir una respuesta, quizás, más provechosa o simplemente, no logra expresar concretamente una sensación abstracta. La escena se repite: padres tratando de interpretar qué les sucede a sus hijos; respuestas vagas e imprecisas que limitan la comunicación, en este caso, entre distintas generaciones, pero no es una situación privativa de los más jóvenes.

Como todo lo inherente al ser humano, es irresponsable generalizar con tono de sentencia, no obstante, más allá de la justeza lingüística, la polisemia, la gradación de los adjetivos, hay una innegable reducción del bagaje léxico de cada hablante. Están quienes cuantifican para el español 300 palabras y 500, si se trata de personas con mayor formación.

¹ Fobia que refiere pánico a las palabras largas o complejas.

Algunos alegatos usan como atenuante la noción de economía lingüística², ese fenómeno que tiende a la reducción del esfuerzo de preferencia o cualquier forma de expresión verbal. Y hablar de esta defensa instala un posicionamiento subjetivo de empobrecimiento, declive, decrepitud del idioma.

No puede obviarse que hay otros abordajes que consideran que la economía lingüística no es otra cosa que una muestra más de efectividad de un lenguaje que se adecua a los requerimientos del presente. Un presente que deja serlo cada vez que alguien relee un texto o repite una palabra. Al contemplar la velocidad y el vértigo de la vida actual, que el hablante pueda ajustar el uso de la lengua a sus necesidades podría considerarse un proceso positivo.

En la oralidad este principio se observa en la caída de las ‘d’ finales porque aunque la mayoría lo niegue aferrándose a un clavo ardiendo, en la expresión espontánea muy pocas veces se dice la ‘verdad’, y no es que incurran en falsos testimonios, sino que dicen la ‘verdá’, ‘amistá’, ‘soledá’. También hay sílabas elididas, abreviaturas. Difícilmente alguien diga: “Voy al cinematógrafo” o “Viajaremos en subterráneo”.

En la concreción escrita de la lengua, la cálida grafía manual ha dado paso a los sumisos teclados. En los teléfonos móviles un solo clic en el ícono de la cara sonriente reemplaza un posible: “¡Qué alegría más grande!” Así también una cara con ojos desorbitados equivale a “No lo puedo creer”.

Economía lingüística no es equiparable a economía monetaria. En los ámbitos contables las concepciones de pérdidas y ganancias están claramente delimitadas. En este caso, surgen preguntas que nos invitan a pensar: ¿es negativo que una lengua sea utilizada en función de las necesidades de los hablantes?, ¿qué sucede con el intelecto de un sujeto pauperizado verbalmente?, ¿qué futuro lingüístico nos aguarda si en lugar de mirarnos a los ojos seguimos mirando pantallas?, ¿envejecen los signos lingüísticos?, ¿hay expresiones que entran en default?, ¿qué hacemos con el déficit léxico?

² Economía lingüística. Proceso evolutivo enfocado en la minimización del esfuerzo invertido a la hora de hablar, escribir o expresarse en general. (Martinet, André)

Quizás es este empecinamiento en forzar el uso de expresiones de las finanzas sobre todo lo que existe debajo del firmamento.

La economía lingüística se da sin planificación. El hablante no es consciente del ‘ahorro’ de tiempo porque, sencillamente, nadie podría vivir pensando: “Voy a decir otorrino en lugar de otorrinolaringólogo”. Sería contraproducente; pensamos con palabras y estaríamos invirtiendo más tiempo a causa de pensar en economizarlo.

Decir que la reducción de la cantidad de palabras que usa un hablante es producida por la economía lingüística conlleva un error o, al menos, un exceso en la sentencia. Pensemos en las perífrasis, giros, repeticiones, rodeos que podríamos evitar, sin embargo, los usamos trastabillando con nuestras propias palabras, diciendo aquello que hubiese sido preferible callar. ¡Y no! Nuestra boca lo dice y tantas veces nos arrepentimos. ¿Verdad? Nos preguntan: “¿Vas al cumpleaños?”, “¿Haces actividad física?” ¡Cuánto más simple sería responder simplemente NO! Y allí sí, cuando de excusas se trata, la fronda léxica aparece desbordando a mares y, frecuentemente, exponiéndonos en equívocos, tropiezos verbales o fallidos.

Con preocupante liviandad se asocian de forma taxativa las competencias lingüísticas con la formación académica, los ingresos económicos y hasta la ubicación geográfica de los hablantes. Más allá y más acá del racismo y la aporofobia, seguimos en deuda con estas discusiones. ¿No hay verdad en las expresiones rotuladas como populares? ¿Qué rol tiene el universo académico respecto de la puesta en valor de la lengua?

Tempus fugit³, lengua también

Las teorías lingüísticas corren detrás de los hablantes. En constantes intentos se buscan matrices que sean aplicables, estandarizadas e infalibles en sus análisis.

Huelga decir que si *tempus fugit*, la lengua también. Huye de las ingenuas gestas que pretenden forzar tanto usos como prohibiciones. Y aunque hay férreos enfrentamientos, ni puristas ni abolicionistas pueden negar el desembarco constante de expresiones financieras en contextos lingüísticos. No sólo es una forma de nombrar. Es,

³ Locución latina. El tiempo se escapa. Velocidad en que transcurre el tiempo.

además, la evidencia del lugar central que la lengua ocupa, ya no únicamente como un código intangible que permite la comunicación, sino como un bien, como un capital.

Muestra de ello es que hay estudios en curso que prevén el impacto de las tasas de natalidad en la cantidad de hablantes que habrá, para cada lengua, en las próximas décadas. Se instalan prácticas de reflexión sobre la incidencia de las lenguas en el comercio internacional, se analizan las políticas lingüísticas explícitas y se intenta vislumbrar todo manejo oculto para posicionar unas lenguas sobre otras. Según la O.N.U. 1348 millones de personas hablan inglés, 1200 millones, chino mandarín, 600 millones de personas hablan hindi y 550 millones, español.

La lengua que se vende

Cursos, libros, aplicaciones para aprender un idioma. Claramente no pensemos en el profesor que enseña en el living de su casa, sino en empresas que facturan millones y se ufanan por tener “nativos en línea las 24 horas”.

De un modo análogo, aplicaciones de traducción automática, que tienen un costo monetario para el usuario o presentan publicidades para acceder al servicio. ¿Qué otro costo existe? La traducción en sí misma es, en algún punto, una ilusión, pero traducir mediante un dispositivo supone por un lado ingenuidad y, por otro, peligro. La alegoría de las lenguas como estantes de los que nos servimos, subestima la riqueza de los idiomas y la multiplicidad de voces que abriga una misma palabra. ¿A quién delegamos la traducción? A empresas, compañías de las que desconocemos su procedencia. ¿Con qué ideología se disponen a ofrecernos equivalentes lingüísticos a modo de ciencia exacta?

Término de las finanzas, si los hay, es *‘crédito’*. Coloquialmente asociado a billetes, bonos y monedas, la palabra crédito significa confianza. Quien ha caído en descrédito ha perdido su fiabilidad.

En la actualidad los créditos que ofrece una entidad financiera implican presentar documentos, firmar papeles, asumir compromisos, siempre escritos. Un préstamo se obtiene por tener un salario o bienes que respalden la solicitud, en el caso de no devolver el dinero. Tiempo atrás los acuerdos se sellaban con palabras y un fuerte apretón de manos. El valor

de la palabra estaba dado por quién la decía. *Te doy mi palabra* era suficiente porque la honorabilidad del sujeto precedía a sus expresiones. Del mismo modo, dejar de hablar con alguien o retirarle la palabra, implicaba, e implica aún, volverlo invisible, quitarle entidad, negar su existencia.

Hay más relación entre las finanzas y la lengua. Por ejemplo, hay un lazo entre la formación y el rédito o retorno monetario. ¿Quién tiene acceso a un mejor sueldo? ¿Un bilingüe español- inglés o alguien que habla a la perfección español y guaraní? ¿Cuál debería haber sido el sueldo para la última mujer que conocía los secretos del nü shu⁴? ¿Vale más el conocimiento de una lengua que hablan millones o el de una que tiende a desaparecer y que sólo quedará muy pronto en crípticos bordados de abanicos y zapatos?

Aquí deben tallar las políticas lingüísticas y resulta inadmisibile reducir cualquier lengua a una herramienta de comunicación comercial.

Con nobilísimas intenciones los padres que mandan a sus hijos a estudiar inglés piensan en ofrecerles un instrumento que mejore, en el futuro, sus expectativas laborales. Lejos queda la reflexión sobre las cosmovisiones que incorporamos junto con segundas o terceras lenguas. No se trata de demonizar idiomas, sino de considerarlos como lo que son: sistemas que permiten la comunicación y también como formas de ver y nombrar el mundo. Un crimen de guerra sigue siéndolo más allá que desde algunas potencias quieran diluir sus culpas hablando de daños colaterales, por ejemplo.

Retomando, entonces, la noción de economía lingüística, se ha instalado que menos es más. Que hay una tendencia humana a lograr mayor impacto con el mínimo esfuerzo posible. Los hablantes usan recursos finitos (palabras, reglas de uso) para transitar infinitas situaciones comunicacionales. Y es, como se ha dicho, innegable la tendencia a acortar. El uso va horadando las palabras y logra expresiones breves. Las palabras son erosionadas por diversas razones. Los adolescentes hacen un culto a esta tendencia: el corazón se reduce a ‘cora’, a los preceptores los nombran ‘prece’ (y para horror de quienes defienden la

⁴ Nü shu. Escritura secreta de las mujeres del sur de China, en la provincia de Hunan. Con este sistema de escritura, durante el siglo XIX, las mujeres se comunicaban lejos de la vigilancia masculina. Bordaban palabras en zapatos, abanicos y pañuelos. El Nü shu fue descubierto en 1980 y en 2006 pasó a formar parte del Patrimonio Nacional Cultural Intangible de China.

normativa, no pronuncian la P indispensable para cumplir la regla de abreviatura). La Directora es ‘la Dire’, el celular es ‘celu’ y así siempre. Si de teléfonos se trata, sustituyen un mensaje de cinco o seis palabras por un ícono que aparece con un solo clic. Reducen los nombres porque para cierta franja etaria es más cariñoso decir *Marti* que *Martina*, pero mucho más afectuoso es *Mar*. Cuanto más corto te nombro, más te quiero. ¡Por qué el ahorro es en tiempo o espacio, jamás en afecto!

Dios nos libre del sesquipedalismo⁵. En telegramas o en avisos clasificados en periódicos aprendimos a decir con menos, porque cada carácter tiene un precio. Y ¡larga vida a la economía lingüística y al uso racional de las palabras ya sean escritas o habladas! ¿Verdad? ¿Quién escucha un audio de cuatro minutos? Pero calma, pues Whatsap pensó en los usuarios, cuyo bien más escaso es el tiempo e inventó el x 2. Aunque las voces aceleradas pierden seriedad, los tonos, las pausas y los suspiros se vuelven imperceptibles y el mensaje suele perder su esencia. Conscientes de sus excesos y de la carencia de tiempo, los hablantes se disculpan inmediatamente después de enviar un mensaje de audio largo y habilita al destinatario: “*Si querés, escuchalo por dos*” (aunque en un contrasentido digno de análisis, la posibilidad de acelerar los mensajes, le da un margen de impunidad a quien construye el mensaje de voz, porque se permite unos segundos más, si al fin de cuentas el que escuche podrá hacerlo a ritmo de vértigo. Entonces ¿es posible sentenciar que la economía lingüística domina siempre la escena comunicativa?

Probablemente no suceda con un niño que al llegar a su casa cuenta que los bomberos fueron de visita a su escuela. Tampoco será austera una abuela que presuma frente a una amiga las virtudes de sus nietos. Bajo ningún concepto dirá: “*Les va bien*”. Dará todos los detalles posibles: notas en la universidad, sus trabajos, los viajes del verano pasado, lo cariñosos que son y fundamentalmente cuánto la visitan.

El único soberano de la lengua, el hablante, usará apócope, abreviaturas, construcciones breves, cuando el objetivo de la comunicación así lo amerite. Sin embargo invertirá todas las palabras necesarias cuando la empresa así lo requiera, en pos de la

⁵ Sesquipedalismo o polisilabismo. Alargamiento innecesario de palabras con el fin de otorgar rimbombancia a las expresiones.

ganancia (una anécdota inolvidable, un cortejo, un pedido de disculpas, un intento de convencer o persuadir).

Lejos, entonces de una visión agorera, no es que mueran las palabras, sino que dan espacio a otras para que vayan de boca en boca, de boca en página, de página a pantalla, de pantalla a teclado, a grafiti o meme, o tatuaje...

El mundo de las finanzas mide, pronostica, establece proyecciones, elabora índices de riesgo, prospectiva. Las palabras, en cambio, más rebeldes que los números, desafían cualquier intento que busque amurallarlas.

Las lenguas no viven en barrios cerrados, e incluso cuando las paredes sean altas y con esos peligrosos alambres con púas, las canciones populares (portadoras siempre de las innovaciones de los hablantes más osados) traspasarán cualquier pared.

El desafío será, con certeza, democratizar la lengua, especialmente en ámbitos académicos, para que nuestras producciones, investigaciones y estudios den como resultado ideas llanas que lleguen al soberano de la lengua que nos habita.

Bibliografía

Asociación Estadounidense de Psiquiatría, (2014) *Manual de diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, Ed. Médica Panamericana

Bloomfield, L., (1976) *Aspectos lingüísticos de la ciencia*, Taller J.B.

Jakobson, R., (1975) *Ensayos de lingüística general*, Seix Barral

Martinet, A., (1974) *Elementos de lingüística general*, Gredos

